

apareció bien pronto por entre los árboles del parque.

IX

El desquite.

Después de la marcha de Estela, Tonayrion descargó su cólera sobre el difunto lobo dándole un furioso puntapié en los riñones.

—Vea usted—se dijo—cómo una maldita bestia va á hacer que se me escape esta soberbia boda. ¡Las mujeres tienen caprichos verdaderamente diabólicos! ¡Quién diantres hubiera adivinado que al dejar caer el pañuelo esa caprichosa criatura, quería proporcionarse el gusto de verme hecho pedazos, como ha estado á punto de serlo ese tontín de Félix! Pero también, ¿qué necesidad tenía yo de hablar de osos ni de leones? Estas fábulas orientales la han levantado de cascos y ahora, para reparar mi fracaso, me voy á ver obligado á luchar á puñetazo limpio con la casa de fieras en masa. Necesito—me ha dicho ella—actos y no frases. ¿Qué entiende por actos? ¿Hazafñas, prodigios que eclipsen á los de Hércules? Si

dejo á su imaginación que trabaje, es capaz de exigir que le ofrezca como regalo de boda el bigote del Pachá de Egipto ó un diente del Sultán de Marruecos. ¡Demonio! Es de toda urgencia tomar la iniciativa por medio de alguna espantable y, sobre todo, auténtica hazaña que me saque del compromiso de tener que dar el doble salto mortal ó tragar serpientes; porque, después de la escena de hoy, ¿quién sabe qué locuras pueden pasársele por la cabeza? Véame yo casado y ya sabré entonces poner en orden esas extravagancias; pero hasta ese momento, mi papel es el de humilde esclavo. ¡Triste papel, palabra de honor!

Refunfuñando de esta suerte el guapo Raul había salido de la trampa y regresaba á la casa lentamente. A fuerza de discurrir un medio de echar un remiendo á su heroísmo averiado, concibió un proyecto cuya ejecución le pareció fácil y de éxito seguro. Lo examinó mentalmente largo rato y combinó con atención esmeradísima los menores detalles. Seguro al fin de haberlo previsto todo y de no dejar ningún cabo suelto á cargo del azar, que descomponen tan á menudo los planes mejor combinados, escribió al señor

Federico Cluzel, amigo suyo residente en París, una carta cuyo contenido omitimos aquí, supuesto que la continuación de este relato nos dará á conocer suficientemente sus efectos.

En tanto que el aspirante á la mano de la señora Caussade desplegaba todos los recursos de su imaginación para recobrar el terreno que acababa de hacerle perder un incidente tan pueril en apariencia, Félix Cambier era presa de una violenta fiebre en la cama, donde su tío le había obligado á echarse para que pudieran ser examinadas sus heridas.

Gracias á la pronta intervención de Servian, los dientes del lobo no habían dejado más que huellas superficiales. Pero si las mordeduras no ofrecían peligro alguno y si el dolor físico era casi nulo, en cambio el herido sufría un tormento moral que transformaba su cama en un brasero de carbones encendidos.

—¡No tengo más corazón que un pollo!—decía lamentablemente en un acceso de delirio;—toda mi vida seré un cobarde... Que me den una ruca en lugar de una espada... Y, sin embargo, era tan fácil hacer lo que mi tío llevó á cabo: agarrar por el pescuezo al lobo y estrangularlo... Pero no

lo he hecho; me he dejado derribar y sangrar como un cordero vil... ¿Y cómo voy á ingresar en Saint-Cyr después de esto? ¡Y la señora Caussade que me veía! ¡Cómo debe despreciarme! ¡Soy un cobarde, una mujerzuela, un canalla!...

Al caer el día, la calentura de Félix disminuyó y su agitación pareció calmarse; Servian, al verle más tranquilo, le dejó, con la esperanza de que una noche de sueño reparador acabaría de restablecer el equilibrio de aquella ardiente y juvenil naturaleza.

Al día siguiente, por la mañana, volvió para ver si la fiebre había reaparecido; pero, con gran asombro, encontró el lecho vacío. Una carta colocada sobre el mármol de la chimenea y dirigida á Servian reveló á éste la causa de la fuga:

«Querido tío—decía el adolescente:—No conciba usted inquietud alguna por mi ausencia. Si no he avisado á usted, es porque temía sus observaciones y, sobre todo, sus bromas. Sin duda hubiera usted calificado de niñería la profunda pena que me causa mi debilidad de ayer. Cuanto más pienso en ella, más reconozco que me es imposible reaparecer ante la señora Caussade y ante usted, antes de haber demostrado que no

soy indigno de la estimación de ambos. Esa demostración espero que no se hará aguardar; pero, se lo repito, no pase usted ninguna inquietud y crea usted siempre en mi inalterable y respetuosa adhesión.

»FÉLIX.»

—¿Qué irá á hacer este mentecato?—se dijo Servian, después de haber leído la carta;—¡alguna tontería! Pero, ¿cómo estorbarlo? Por el cuidado que pone en tranquilizarme veo que nada de fúnebre hay en sus proyectos; es, pues, inútil echar á correr detrás de él: mañana, quizás, estará de regreso, aunque, á decir verdad, preferiría yo que no lo hiciera. En el momento de ingresar en Saint-Cyr, la compañía de una mujer tan seductora como Estela le sugiere ideas novelescas del todo incompatibles con los estudios serios que ha de emprender.

En la satisfacción que causaba á Servian la marcha de Félix, los celos del enamorado tenían tanta participación como la solicitud del tío; pero éste rehusó confesarse á sí mismo una debilidad que juzgaba indigna de él.

Hasta entonces, aun habiéndole ocasionado sufrimientos la conducta de la señora Caussade, en

el fondo de su corazón había siempre sentido respecto de ella la indulgencia tierna y melancólica que á un hombre llegado á la madurez de la vida inspiran los más desatentados caprichos de la mujer á quien ama.

Rarezas, desigualdades de humor, exageraciones novelescas, ingenio burlón, tendencias despóticas, todo lo había soportado, disculpado y amado. Estas espinosas imperfecciones estaban, según él, desprovistas de raíces; eran producidas por la lozanía de la juventud y por la exuberancia de la imaginación y no esperaban para trocarse en flores duraderas más que el cultivo de un cariño inteligente que Estela, casada con un viejo, no había encontrado aún á su paso.

—Tiene la cabeza ligera, pero su corazón es excelente—pensaba Servian cada vez que veía su paciencia sometida á prueba.—Mimada por su padre, mimada por el señor Caussade, ¿es para asombrarse de que sea algo voluntariosa y ligera? ¡Cuántas en sus condiciones serían malas del todo!

De esta suerte había Servian justificado hasta entonces su amor ante sus propios ojos; pero desde la víspera observaba que su optimismo se hallaba muy quebrantado.

—Que una mujer use y abuse del derecho á ser caprichosa, lo comprendo—se decía;—pero exponer á un peligro cierto la vida de un hombre, ¿no es una ocurrencia cruel, que nada podría disculpar?

No trató Servian de disimular la impresión ingrata y triste que en él había producido lo que denominaba inhumanidad de Estela; y así, cuando ambos se encontraban en el salón, su mirada fría y punzante reveló á la joven que en él tenía más bien un juez severo que un adorador benévolo.

¡Rarezas del amor! En el mismo instante en que Servian, rebelado contra su ídolo, se prometía abjurar de un culto que su razón condenaba, la señora Caussade sentía despertarse en su alma un afecto adormecido desde hacía dos años y que ella creía aniquilado.

Servian, exponiendo su vida por salvar á su sobrino, había adquirido ante sus ojos las proporciones marciales, sin las que el hombre más honrado, más virtuoso y hasta de mayor entendimiento, le parecía indigno de ser amado. La prudente conducta de Tonayrion y la flaqueza nerviosa de Félix ponían más de relieve aquel acto

de valor, que hacía poco menos que increíbles los recuerdos del asalto de la diligencia. Al relacionar entre sí hechos tan desemejantes, Estela no sabía á qué atenerse.

¿Era Servian un cobarde ó un héroe? Las dos proposiciones de esta alternativa tropezaban con una objeción igualmente insoluble. Si era un hombre tímido, ¿de dónde procedía la bravura con que había atacado sin armas á una bestia feroz? Si, por el contrario, era valiente, ¿cómo explicar su actitud pusilánime frente á unos miserables ladrones?

Después de haber tratado inútilmente de conciliar tales contradicciones, la señora Caussade se decidió por la creencia hacia la cual la inclinaban, sin que ella quisiera confesárselo, las secretas inclinaciones de su alma y se complació en recapitular las cualidades de su primer enamorado á medida que la reciente impresión borraba poco á poco sus antiguas prevenciones. Tales cualidades le parecieron numerosas y capitales. Carácter elevado, sólido juicio, trato fácil, amable indulgencia, espíritu vasto, que reunía por raro privilegio la profundidad sin pedantería á la jovialidad sin ligereza; estos fueron los mereci-

mientos que reconoció á Servian. Terminada esta enumeración, no pudo menos de juzgar un poco ridícula la preferencia que durante un momento le había sugerido la presuntuosa nulidad de Raul Tonayrion.

—Tenía vendados los ojos, ó, por mejor decir, estaba loca — se dijo. —¿Cómo es posible que haya tomado yo en serio á semejante mentecato, cuyo mérito principal consiste en el lazo de su corbata? ¡Si fuera valiente, al menos! Pero, ¿lo es? Por de decontado su prudencia de ayer me da derecho á dudar de que lo sea.

Por una de esas transformaciones de que los anales de la pasión ofrecerían más de un ejemplo, Servian y la joven viuda habían invertido sus papeles. A él correspondían ahora la frialdad, el orgullo, la ironía; á ella la mansedumbre, la discreción, la paciencia.

Para un observador hubiera sido entretenido tema de estudio aquella contrapartida en que la dignidad masculina, largo tiempo subyugada por el capricho femenino, tomaba brillante desquite. Previendo, quizás, una próxima recaída en su amorosa debilidad, Servian se apresuró á utilizar su descontento. Atacado hasta entonces, se con-

virtió á su vez en agresor. Todos los sarcasmos dedicados por Estela á los hombres afeminados fueron devueltos por él á las mujeres varoniles. Sometió al tormento de una burla implacable á esas criaturas anfibias que abdican la gracia de su sexo para parodiar la energía del opuesto, á las Amazonas y cazadoras, á las nadadoras y fumadoras, á las que tienen una armería por tocador, á las que asisten á las carreras *carnet* en mano, á toda la raza de mujeres hombrunas, en fin, desde la inglesa que intenta la ascensión del Monte Blanco, hasta la española que delira por las corridas de toros.

—Sin duda, Marte con enaguas es ridículo; pero, ¿qué decir de Venus con botas de montar? Así terminó Servian su peroración.

Pocos momentos antes, la señora Caussade no hubiera dejado sin contestación semejante ataque; pero en aquellas circunstancias una emoción dulcísima que enternecía su corazón la hizo traicionar la causa de las mujeres de temple. Lejos de ofenderse por bromas que podían pasar por alusiones personales, las sufría con resignación, y hasta más de una vez les dió pábulo con una mirada sonriente que parecía decir: «¿Qué

tenemos de común yo y los marimachos de que usted se burla con tanta justicia?»

A medida que Servian trataba á sangre y fuego á las Clorindas y á las Bradamantes, Estela se arrellanaba en su butaca con la gracia indolente de una frágil belleza susceptible de quebrarse al menor tropiezo. Cuando sacó Servian á la vergüenza á la esposa de un agente de cambio que recibía lección diaria de esgrima, ella se levantó para ir á buscar un trabajo de tapicería que no había tocado desde un mes antes y armó pacíficamente con una aguja su mano, harto blanca y menuda para merecer que el pomo de un florete marchitara su piel suave y satinada.

Finalmente, cuando Servian, al hablar de Venus, sacó á colación las botas de montar, la joven no pudo prescindir de asomar sobre la alfombra un piececito maravillosamente calzado que hubiera honrado á la misma diosa.

¡Cosa extraña, pero no inexplicable! El ensañamiento de Servian, en vez de molestar á la señora Caussade, la agradaba. Desde que le veía irritado y propicio á rebelarse deseaba su amor y le parecía atractiva la tarea de reducirle á la obediencia. A medida que él desbordaba de iro-

nías refrenadas durante mucho tiempo, sentía ella reverdecer su inclinación hacia él, como verdea el césped bajo la acción bienhechora de una lluvia tempestuosa. Jamás le pareció tan expresiva su mirada, su voz tan penetrante, tan arrogante su apostura y su palabra tan llena de energía y de autoridad. Paciente, cortés, respetuoso, le había maltratado; burlón y provocativo, le oía con una sumisión que se asemejaba á la ternura.

Durante dos días continuó esta reacción, que Tonayrion y el señor Herbelin presenciaban sin comprenderla. El coronel estaba más al corriente de la táctica militar que de los ardides amorosos. A sus ojos la acometividad de Servian y el desarme de Estela constituían dos enigmas igualmente inexplicables.

--¿Quién diantres podría adivinar lo que ocurre en esos dos cerebros?—pensaba, contemplándolos de reojo.—Días atrás le trataba como yo no trataría á un cosaco y él lo toleraba con la mansedumbre de un cordero; hoy el cordero es ella, y él, en lugar de aprovechar tan buenas disposiciones, no cesa de maltratarla y de lanzarle frases punzantes. Veo que ya es hora de que tome yo cartas en el asunto.

Aunque había prometido á su hija dejarla en libertad para la elección de marido, no por eso el coronel había renunciado al deseo de ver á Servian convertido en yerno suyo y por eso no tuvo escrúpulo en sacarle del mal camino en que le veía encarrilado.

—Pero, ¡vamos á ver, cáspital! ¿Qué es lo que estamos haciendo?—dijo, llevándole aparte.—¿Acabaré usted de ametrallar á las Amazonas? Puede usted alabarse de discreto y oportuno. ¿Ignora usted acaso que para Estela no hay placer mayor que el de montar á caballo y que mata una paloma al vuelo?

—Lo sé—repuso Servian.

—Y para hacerse agradable, ¿no se le ocurre cosa mejor que bombardearla? El modo de cortejar es nuevo.

—No pretendo agradar á la señora Caussade.

—Pero, al menos, ¿lo desea usted?

—Ya no lo deseo—dijo Servian fríamente.

—¿Está usted seguro de ello?—preguntó el coronel sonriendo con jovialidad;—el amor, si mal no recuerdo, se va menos deprisa que llega.

—¿Quién ha dicho á usted que yo estuviera enamorado? ¿Es la señora Caussade?

—Ella misma ha sido—contestó el señor Herbelin;—¿por qué no he de hablar con franqueza? Entre antiguos amigos, como lo somos nosotros, toda diplomacia huelga. ¿Solicitó usted á mi hija en matrimonio?

—Y su hija me desairó.

—No es esa su última palabra; lo apostaría, á juzgar por lo que ocurre desde hace dos días. Por lo que á mí se refiere, no creo necesario decirle que preferiría su alianza á otra cualquiera.

—¿A la del señor Tonayrion también?

—Aun á la del señor Tonayrion, quien, al parecer, ha tomado mi casa por una posada. Ya se lo hubiera hecho observar, si no esperara para ello ciertos datos y noticias; hasta que los reciba, he prometido callarme. Si el matrimonio de usted dependiera de mí sólo, estaría ya celebrado á la hora presente; pero, usted lo sabe, Estela es dueña de sus actos y de su persona y yo no soy un padre despótico. No quiero violentarla en ningún sentido; á usted corresponde seguir el juego con atención y ganar la partida; á mi parecer, puede usted conseguirlo todavía y dar jaque mate á Tonayrion. El único resentimiento que Estela tiene con usted no es más que una niñada.

—¿Puedo saber cuál es ese *único resentimiento*?—preguntó Servian, cuyos ojos expresaron viva curiosidad.

—¿No se lo ha dicho ella?—replicó el coronel con cierto embarazo;—en ese caso, silencio en las filas. Es mejor, por lo demás, que tenga usted con ella una explicación. Trate usted de hacerla hablar; defienda usted su causa y, sobre todo, ni una palabra de lo que acabo de decirle: no tengo ganas de que me regañen.

—Mi querido coronel—respondió Servian con una sonrisa llena de tristeza;—agradezco á usted el interés que me demuestra. Crea que me hubiera sido muy grato estrechar más aún los lazos de amistad que nos unen, siendo su yerno, ó mejor dicho, su hijo; pero esta esperanza es una ilusión que ya no me ciega. ¿Comunicaré á usted por entero mis pensamientos? Sí, porque no ser franco sería no corresponder á su franqueza. Hoy por hoy, creo que la señora Caussade hizo bien en negarme su mano.

—¡Bah!—exclamó el señor Herbelin con expresión de asombro.

—Sin hablar de ese *único resentimiento* que desconozco aún y que debe de ser en extremo

monstruoso, puesto que se niega usted á nombrarlo, la señora Caussade habrá sin duda previsto las incompatibilidades que habrían indefectiblemente de resultar de la diferencia de nuestros caracteres respectivos; y en este caso, ¿no ha procedido con suma discreción al negarse á asociar al mío su destino?

—Esa es otra tecla. Ya sé que antes se concedía el divorcio por incompatibilidad de caracteres; pero eso ya se ha suprimido.

—El divorcio, sí; la incompatibilidad de caracteres, no.

—¿De modo que usted cree que hubieran hecho mal matrimonio?

—Por culpa mía, sin duda; no acuso más que á mi insuficiencia. La señora Caussade, como dotada de superiores cualidades, tiene derecho á exigir á su futuro marido méritos eminentes de que yo me reconozco desprovisto. Persigue un ideal heroico al lado del cual un hombre de cuarenta años, reflexivo, positivista y poco entusiasta, ha de hacer, convengo en ello, una tristísima figura. Cedo, pues, el puesto al señor Tonayrion. ¿Cómo trataría yo de luchar con ese irresistible paladín? Si tiene usted encargos para París, pue-

de prepararlos; me marcharé mañana por la noche. Espero, coronel, que no seremos menos amigos, á pesar de todo.

—¡Diantre! ¡Está herido en lo vivo!—se dijo el señor Herbelin cuando Servian se separó de él. —¡Qué tono de burla! ¡qué expresión más irónica! Mi hija ha abusado de su paciencia y lo comprendo; otros muchos en lugar suyo no hubieran tenido tanto aguante.

· Sin demora el coronel fué á buscar á su hija, á quien encontró sola en el jardín.

—No necesitarás despedir á Servian, como te lo proponías—la dijo con entonación huraña.

—¿Y por qué?—dijo Estela.

—Porque se marcha mañana.

La señora Causade inclinó la cabeza pensativamente; la irguió al cabo de un instante y, mirando á su padre con malicia, le dijo:

—¿Está usted muy seguro de que se va mañana?

—¿Serás tú quien lo impida?

—¿Me lo prohíbe usted?

—Empieza por contestarme. ¿Serás tú quien le impida marcharse?

—Sí; si lo quiero.



—¿Está usted muy seguro...?

—Pero, ¿lo querrás?

—Sí—dijo Estela con tan resuelta entonación que el coronel al frente de su regimiento no hubiera acertado á emplear acento más firme ni más imperativo.

—¡Ah!, ¡señora caprichosa!—respondió, después de un instante de silencio;—parece que cambiamos de parecer. Te advierto que es ya un poco tarde para ello y que Servian, de quien acabo de separarme, me ha parecido tan sentimental como una granada de 12.

—¿No soy hija de usted?—dijo ella;—¿creerá usted que me asusta una granada?

—Tratad de entenderos—continuó el coronel con expresión de complacencia;—sabes muy bien que no pido más que firmar el contrato.

—¡El contrato! ¡Qué prisa le ha entrado á usted! El contrato de paz es lo que hacía falta firmar ante todo y ni yo misma estoy decidida á hacerlo. ¡Si él cediera, veríamos; pero es tan orgulloso con sus apariencias modestas!

—Pues precisamente ahora entra en el jardín.

—¿Quién? ¿La granada de 12?—dijo Estela riendo.—Tengo mucho miedo y ganas de echar á correr.

—Eso, según creo, quiere decir que tienes muchas ganas de que me vaya.

La joven sonrió con ladina expresión y no contestó palabra.

—Vamos, vamos, comprendo—continuó el coronel, bajando la cabeza bondadosamente;—ya no sois niños y se os puede dejar solos. Voy á buscar á Tonayrion para llevarle al billar. Para que veas que soy buen padre.

El señor Herbelin se alejó al pronunciar estas palabras y un momento después Estela y Servian se encontraron por una de esas casualidades que no ocurren más que á los que las buscan.

X

Los rivales.

Después de separarse del señor Herbelin, Servian se sumió en profunda meditación.

—Estela ha recibido de mí un agravio—se dijo—y eso es el motivo que la impide casarse conmigo. ¿Qué agravio será ese?

Hasta entonces Servian no había atribuído la repulsa de sus pretensiones más que á la exage-